

para acompañar á nuestro Rey. Nosotros pondremos las palmas de nuestras manos para que pise en ellas y no le punzen las espinas del suelo. Nosotros le velaremos con nuestras alas para que el sol nó le abraze con sus ardores y el cierzo no marchite su hermosura. Nosotros le ofreceremos nuestro regazo para que tenga donde reclinar su cabeza. Nosotros aguzaremos las flechas de tu ira para exterminar á sus enemigos. O, si no, dile que vuelva á alegrar estas mansiones y abandone aquel valle de amargura donde ¡ay! acaso los hombres maquinarán contra El.

Las lágrimas ahogaron la voz de los ángeles; y, ante la impasibilidad del Omnipotente, salieron abatidos de su divina presencia.

(Se concluirá.)

SECCION LITERARIA

EL TESTAMENTO DEL TASSO

Publicamos esta traducción, utilizando el permiso que nos ha concedido el director de *La Vera Roma*, señor Filiziani.

I.

Un cardenal recibía en espléndida sala del palacio de los duques de Ferrara al gran poeta de las Cruzadas, y le decía benévola y cortésmente:

—Quedamos en que vendréis conmigo á la Corte de Carlos IX. Vuestra rica fantasía encontrará bellos argumentos en la capital de Francia. Vos, que habéis cantado á los héroes que emplearon su cabeza y su brazo en la gran conquista, veréis con gusto á sus descendientes y las costumbres del país en que florecieron. ¿Qué os parece, Torcuato?

El poeta se inclinó para besar la púrpura del cardenal Luis de Este, y con dulces frases le significó su gratitud por el honroso encargo que le confiaba.

—Conque—añadió el cardenal—atravesaremos los Alpes, estas pavorosas montañas que hicieron célebre el viaje de Anibal; pero el nuestro será pacífico, y, en cuanto sea posible, no muy incómodo, ya que acompañáis á un príncipe de la Iglesia encargado de rendir ho-